

## CAPITULO XXXVI.

Cuando con vuelo rápido el milano  
Sobre la perdiz tímida se lanza,  
¿Habeis visto á la pobre como gime,  
Sin atreverse á huir la desdichada?

PRIOR.

SUCEDIÓ en este dia memorable que fué una de las cazadoras mas madrugadoras la princesa misma, la reina-virgen de Inglaterra. No sé si fué por casualidad, ó por un efecto de la cortesía que debia Leicester á una soberana que le honraba tanto..... lo cierto es que apénas Isabel habia dado un paso en el umbral de la puerta, cuando se presentó á ella el conde, y la propuso, miéntras se concluian los preparativos de la caza, ir á ver el *lugar del Placer* y los jardines del castillo.

Consintió la reina, y apoyandose en el brazo de Leicester, bajáron y se internáron en los jardines. Las damas de la reina, como personas discretas, y obrando como hubieran querido que se obrase con ellas en igual caso, no creyéron necesario seguir á su ama desde muy cerca. Se contentáron con no perderla de vista, dejandola libre en

una conversacion particular con un señor que no solamente era su huésped, sino el mas estimado y favorecido entre todos sus servidores. Admiraban la gracia de esta ilustre pareja, cuyos trages de caza eran tan ricos casi como los de la vispera.

El de Isabel, tejido de seda azul con galones de plata y cordones, recordaba el de las antiguas amazonas; realzaba su cuerpo airoso y la dignidad de su ademan, que la costumbre de mandar y el orgullo habian hecho en cierto modo demasiado varonil, para que se manifestasen todas sus ventajas con los trages ordinarios de su sexo.

Leicester tenia un vestido de paño verde de Lincoln, con ricos bordados de oro, y estaba ceñido de una charpa de la que pendian una corneta y un cuchillo de monte, en lugar de espada. Adornaba este traje á Leicester como los que llevaba á la corte y en las ceremonias militares; pues era tal la perfeccion del talle de todo su cuerpo, que siempre parecia que habia adoptado el vestido que daba mas realce á sus formas graciosas.

La conversacion de Isabel con su privado no ha llegado exactamente toda á nuestra noticia; pero los ojos y los oidos de los cortesanos son esquisitos, y los que los siguiéron estuviéron acordes en decir que en ninguna

ocasion Isabel allanó al parecer tanto y tan voluntariamente su dignidad, para emplear una espresion de ternura y de indecision. Sus pasos eran mas lentos, y habia dejado á un lado aquel orgullo que siempre solia manifestar al andar.

Miraba al suelo, y mostraba al parecer una intencion débil de separarse del conde; pero era con aquel gesto exterior que en las mugeres indica muchas veces lo contrario de lo que manifiestan. La duquesa de Rutland, que se atrevió á acercarse mas á la reina, dijo que habia visto caer algunas lágrimas de los ojos de Isabel, y que se habia puesto colorada. Y lo que es mas, añadía la duquesa, su magestad evitó que sus ojos encontrasen los míos, siendo asi que bastaba ordinariamente una mirada suya para acobardar á un leon. Fácil es adivinar que consecuencias se sacaban de estos indicios, y quizá, quizá con muchísima razon.

Una conversacion secreta entre dos personas de sexo diferente decide no pocas veces de su destino, y las conduce mucho mas léjos de lo que podian prever ellas mismas. La galantería se mezcla en la conversacion; el amor se mezcla poquito á poco con la galantería; los grandes como los zagales dicen entónces mas de lo que hubieran querido decir;

y en estos momentos críticos las reinas como las zagalas se detienen demasiado á escuchar.

Al mismo tiempo los caballos relinchaban en el patio y mordian impacientes los frenos; aullaban los perros, los cazadores se quejaban de que se dejaba pasar el rocío, con lo que desaparecerian las huellas de los ciervos. Pero Leicester tenia otra caza entre manos, ó por hablar con mas exactitud, se habia visto empeñado en ella, sin pensarlo, como el cazador que va siguiendo los perros que ha encontrado por casualidad. La reina, muger hermosa, perfecta, orgullo de la Inglaterra, esperanza de la Francia y de la Holanda, y terror de la España, habia probablemente escuchado con una complacencia mas señalada las espresiones de la galantería romancesca que le habia gustado siempre; y el conde, sea por vanidad, sea por ambicion, ó por ámbos motivos, habia ido acalorando su lenguaje seductor, hasta llegar á mostrarse un amante importuno.

— No, Dudley, le dijo Isabel con voz indecisa, no, yo no debo ser sino la madre de mi pueblo. Los lazos que forman la felicidad de una señorita, de cualquier otro rango, nos son imposibles sobre el trono.... No, Leicester, cesad de estrecharme.... si me fuera lícito, como á las demas mugeres, buscar mi

felicidad.... entónces confieso que.... pero no se puede.... no, eso no se puede.... Retarde vm. la caza.... suspendala vm. media hora.... y dejeme vm., milord.

— ¿Que me vaya, señora? ¿os ha ofendido mi ardor?

— No, Leicester, no es eso; pero es una locura, y no quiero que se vuelva á hablar de eso. Vayase vm.... sin alejarse demasiado.... que ninguno me venga á interrumpir; quiero quedar sola un rato.

Miéntas decia estas palabras, Dudley hizo una salutación profunda, y se retiró triste y abatido. La reina se detuvo á mirarle miéntas se alejaba, y decia entre sí misma: Si fuese posible.... si pudiera verificarse.... pero no.... no.... Isabel no debe ser esposa y madre sino del reino de Inglaterra.

Al pronunciar estas palabras, y queriendo evitar encontrarse con alguna persona, Isabel entró en la gruta en que estaba escondida su rival desdichada.

La reina, aunque se hallaba agitada por la conversacion que acababa de interrumpir, estaba dotada de uno de aquellos caracteres firmes y decididos que vuelven muy pronto en sí. Podia compararse su corazon á uno de los antiguos monumentos druídicos que se mueven sobre un punto de apoyo; el dedo

del amor, aunque le representan como un tierno niño, podia mover sus sentimientos, pero toda la fuerza de Hércules seria insuficiente para hacerle perder el equilibrio.

Se adelantaba poco á poco; y apenas hubo llegado al medio de la gruta, sus miradas habian recobrado su dignidad, y su ademan su aire de autoridad.

Descubrió entónces una muger colocada cerca de una columna de alabastro, al pié de la cual corria una fuente entre dos luces.

La memoria clásica de Isabel le recordó la historia de Egeria y de Numa; creyó que un escultor italiano habia querido representar en este lugar la ninfa cuyas inspiraciones diéron leyes á Roma; pero al adelantarse, empezó á dudar si era una estatua lo que veía, ó una muger de carne y hueso.

La pobre Amy permanecia inmóvil y dudosa entre el deseo de confiar á una persona de su sexo su situacion, y la confusion que le causaba el aspecto de la persona que se acercaba á ella: aunque jamas habia visto á la reina, sospechó sin embargo que era ella misma.

Levantandose Amy del banco en que estaba sentada, se adelantó para hablar á la estrangera, pero se acordó de que Leicester habia manifestado muchas veces gran temor de que la reina llegase á saber alguna cosa de su union,

y se detuvo con un pié ácia adelante, inmóvil y blanca como el pilar de alabastro contra el cual se apoyaba. Su vestido verde se parecía en la oscuridad al manto de una ninfa griega, y contribuía aun á entretener á la reina en su primera idea. Se habia detenido á algunos pasos de distancia de la condesa, y fijó sus penetrantes miradas en la supuesta nayade. La admiracion que habia causado la inmovilidad de Amy fué reemplazada por el respeto. Bajó silenciosa sus ojos, é inclinó la cabeza, no pudiendo resistir á las miradas de la soberana.

El trage con que estaba cubierta, la cajita de las joyas que tenia en la mano, hicieron pensar á Isabel que esta hermosa taciturna pudiera estar tal vez encargada de representar un papel en alguna de las escenas alegóricas que se ejecutaban en diversas partes del parque; y que, en lugar de ofrecerle su homenaje, la pobre niña, turbada, se olvidaba del papel, ó no tenia bastante serenidad para recitarle. Quiso la reina animarla, y la dijo con un tono afectuoso:

— ¿Por que asi, bella ninfa de aquesta gruta, os dejáis abatir por el poder de ese encantador que llaman *miedo*?... Somos su enemiga declarada, y queremos destruir su encanto: hablad, hablad, que asi os lo ordenamos.

En lugar de responder, se arrojó la condesa á los piés de la reina, dejó caer su cajita, y cruzando sus brazos levantó ácia Isabel los ojos en que se pintaban de tal modo el temor y la súplica, que la reina se conmovió mucho.

— ¿Que es eso? dijo; está vm. mas turbada de lo que debiera por una falta de memoria: levante vm., señorita, ¿que es lo que desea vm.?

— Vuestra proteccion, señora, respondió la suplicante.

— No hay una niña en toda Inglaterra que no tenga derecho á ella cuando la merece, respondió la reina; pero la desgracia de vm. tiene sin duda otra causa que el olvido de un deber. ¿Por que me pide vm. mi proteccion? ¿quien es el que la ha ofendido?

Buscando Amy lo que podria responder para librarse del peligro á que se hallaba espuesta, sin comprometer á su esposo, y pasando de una idea á otra, en medio de la confusion que turbaba su ánimo, respondió á las repetidas preguntas de la reina dejando escapar estas palabras: ¡Ah! yo no lo sé.

— Esta niña está loca, dijo la reina enfadada, porque habia en la accion de Amy alguna cosa que irritaba su curiosidad y escitaba su interes. Confieseme vm. sus penas, yo

puedo aliviarlas. Responda vm., que no estoy acostumbrada á preguntar dos veces una misma cosa.

— Pido.... imploro.... dijo la pobre condesa tartamudeando, imploro vuestra proteccion contra.... contra Varney; y calló luego como si hubiera pronunciado una palabra fatal.

— ¡Que Varney! dijo la reina, ¡sir Ricardo Varney! ¡el caballerizo de lord Leicester! ¿Que relaciones os unen con él?

— Yo he sido.... he sido su prisionera: ha atentado á mi vida, y he huido por.... por....

— Por venir sin duda á ponerme bajo mi proteccion, dijo Isabel: la tendréis, en el caso al menos de ser digna de ella. Quiero conocer á fondo este asunto. Lo adivino, añadió, echando sobre la condesa una mirada y queriendo penetrar hasta lo mas profundo de su corazon: vm. es Amy, hija de sir Hugo Robsart de Lidcote-Hall.

— ¡Perdon! ¡ah, perdon, generosa princesa! dijo Amy volviendose á arrojar á los piés de la reina.

— ¿Y que es lo que debo perdonar, niña inocente? dijo Isabel; ¿no eres la hija de sir Hugo? ¿has perdido el juicio? Dime que es lo que ha sucedido. Has engañado á tu anciano y respetable padre: lo leo en tu turba-

cion. Te has burlado de Tresilian, y te has casado con Varney.

Amy se levantó entónces diciendo:

— No, no, señora, no: pongo al cielo por testigo, yo no soy esa muchacha sin honor de que hablais; no soy la muger de un vil esclavo, del hombre mas abominable; no soy muger de Varney: ¡primero mil veces la muerte!

Confundida la reina con esa violencia, calló un momento, y despues respondió: Si, ¡bendito sea Dios! ya comprendo que no podeis esplicar mejor un asunto que nos interesa. Pero decidme, añadió con autoridad, porque un sentimiento confuso de zelos, que habian hecho nacer aquellas palabras, escitaba fuertemente su curiosidad; decidme, pues, quien es vuestro marido.... vuestro amante. Quiero saberlo: cuidado con ello, pues os seria menos peligroso juguetearos con una leona que con Isabel.

Impelida, como por una fatalidad irresistible que la llevaba al precipicio, y por las palabras imperiosas y las amenazas de la reina ofendida, pronunció Amy estas palabras: « El conde de Leicester lo sabe todo. »

— ¡El conde de Leicester!.... dijo Isabel. ¡El conde de Leicester! repitió indignada; te han pagado para hacer ese papel: calum-

nias á Leicester, que no se abate á semejantes criaturas; sí, te han sobornado para infamar á ese noble señor, el caballero mas generoso de toda la Inglaterra. Pero aunque fuese nuestro ministro privado, aunque fuese mas todavía, no dejarias de ser oída libremente y en presencia suya. Sigüeme, sigüeme ahora mismo.

Amy se desvió amedrentada; la reina furiosa, que creyó ver en este movimiento la confesion de su falta, se adelantó ácia ella, la cogió por el brazo, y saliendo azorada de la gruta, atravesó presurosa la arboleda del *lugar del Placer*, llevandose consigo á la condesa despavorida, á la que tenia aun por el brazo, y que apenas podia seguir á la reina indignada.

Leicester estaba al mismo tiempo en medio de un corro brillante de señores y señoras reunidos en un pórtico elegante al fin de la arboleda. Aguardaban todos ellos impacientes las órdenes de su magestad para la caza, y se deja ver cual seria su admiracion, cuando en lugar de ver á Isabel acercarse á ellos con su dignidad acostumbrada, la viéron correr con tal rapidez, que apenas la hubiéron percibido cuando estaba ya en medio de ellos. Observáron entónces con temor que sus facciones respiraban la rabia y la agitacion, que

sus cabellos estaban desordenados, y que sus ojos brillaban como en los momentos en que manifestaba el espíritu de su padre Enrique VIII. No se admiráron menos al ver una muger pálida, estenuada, y hermosa sin embargo, aunque medio muerta, que la reina tenia fuertemente con una mano, miéntras con la otra desviaba á las damas y los caballeros que se acercaban á ella apresurados. — ¿En donde está el conde de Leicester? preguntó con un tono que amedrentó á los cortesanos que la rodeaban. Venga vm. aquí, Leicester.

Si en un dia hermoso del estío, cuando todo está tranquilo y sereno en el campo, un rayo, escapado del cielo azulado, cayese á los piés de un viagero, no mirarian sus ojos la tierra entreabierta á sus piés con un espanto mayor que el que causó á Leicester tan inesperado espectáculo. Estaba recibiendo entónces con una afectada modestia los parabienes lisonjeros que le daban los cortesanos sobre el favor de la reina, que sin duda debió haber llegado al mayor grado en la conversacion de aquella madrugada. Precisamente en el momento en que una sonrisa orgullosa y mal disimulada con que recibia los tales parabienes, brillaba aun en sus labios, la reina, inflamada de cólera, se metió en medio

del corro, y mientras sostenia con una mano á la condesa medio muerta, la mostró con la otra á los cortesanos, y con una voz que retumbó en sus oídos, como la trompeta fatal que llamará á los vivos y á los muertos en el día del juicio final, les preguntó: ¿Conocen vms. á esta muger?

Al modo que, en virtud de aquella señal terrible, pedirán los culpados á los montes que caigan sobre sus cabezas, así los pensamientos secretos de Leicester hubieran querido que el soberbio pórtico, que habia edificado su orgullo, se desplomase sepultándole entre sus ruinas. Pero esto no se verificó; y el mismo fundador del edificio, impelido por un poder secreto, se arrojó á los piés de Isabel, y juntó su frente con el pavimento de mármol que pisaba la reina.

— Leicester, dijo Isabel temblando de cólera, ¿hubiera podido yo pensar que conspirases tú contra mí....? ¿contra mí, tu soberana?..... ¿contra mí, tu amiga..... que se fiaba demasiado en tus palabras?..... Tu confusión me descubre tu perfidia. Tiembla, miserable; te declaro, por cuanto hay de mas sagrado, que tu cabeza, hombre bajo y falso, corre mas riesgo aun que el que corrió algun día la de tu padre.

Carecia Leicester de aquella fuerza y se-

renidad que solo puede dar la inocencia, pero el orgullo sostuvo su valor. Levantó su frente en que se pintaban mil emociones contrarias, y respondió á la reina:

— Mi cabeza no puede caer sino por sentencia de mis iguales los pares.... Me defenderé delante de ellos, y no delante de una princesa que recompensa así mis generosos servicios.

— ¡Que! ¡nobles señores! dijo Isabel mirando á todos lados, ¡atreverse á desafiar mi poder!.... ¡ultrajarme en este mismo castillo que he dado á ese orgulloso!..... Señor Shrewsbury, vm. es mariscal de Inglaterra, ataque vm. al conde como culpable de traicion.

— ¿A quien debo acusar? preguntó sorprendido Shrewsbury que acababa de llegar.

— ¿A quien? ¿De quien puedo yo hablar sino de ese traidor Dudley, conde de Leicester?..... Mi primo Hunsdon, vaya vm. á reunir á todos nuestros gentileshombres, y que se apoderen de él sin dilacion. Vaya vm., que quiero que se me obedezca.

Hunsdon, viejo austero, y que, en calidad de pariente de la casa de Boleyns, tenia el privilegio de hablar con libertad á la reina, respondió con audacia y franqueza: Sí, señora, y mañana vuestra magestad me enviará á la torre de Londres por haberme dado de-

masiada prisa. Os suplico tengais un poco de paciencia.

— ¡Paciencia!.... ¡Dios mio! dijo la reina.... no hay que hablarme de paciencia: ¡el crimen que ha cometido es tal!....

Amy, que durante este tiempo habia vuelto un poco en sí, y que vió á su esposo espuesto al furor de una reina ofendida, olvidando al punto (¡cuantas mugeres hubieran hecho lo mismo!) sus injurias y su propio peligro, se arrojó llena de terror á los piés de la reina, y exclamó: ¡Es inocente, señora, es inocente!.... Nada se le puede echar en cara al noble Leicester.

— ¡Como así? respondió la reina: ¿no me ha dicho vm. que el conde de Leicester conoce toda esta historia?

— ¡Yo, señora? ¿yo lo he dicho? respondió la pobre Amy, dejando á un lado toda consideracion de conveniencia ó de interes: ¡oh! si lo he dicho, he calumniado al noble señor. ¡Dios mio! sed mi juez, y ved si he podido pensar jamas que Leicester ha tenido parte en cosa alguna que me fuese funesta.

— Muger, dijo Isabel, yo sabré que motivos has tenido, ó mi cólera.... La cólera de los reyes es un fuego devorador.... y te dise-

ará y consumirá como la paja dentro de un horno.

En el momento en que proferia la reina esta amenaza, el corazon generoso de Leicester se llenó de indignacion; vió á que grado de envilecimiento se condenaba para siempre, si, habiendo sido defendido de un modo tan heroico por la condesa, la abandonaba al resentimiento de la reina. Levantaba ya la cabeza con toda la dignidad de un hombre de honor; iba á confesar su casamiento, y declararse altamente el protector de Amy, cuando Varney, que parecia estar destinado á ser el mal genio de su amo, se precipitó ácia la reina, medio desnudo y con ademán feroz.

— ¡Que quiere este hombre? preguntó Isabel.

Entónces Varney, fingiendose abatido por la vergüenza y el dolor, cayó á los piés de la reina, gritando: ¡Perdon, mi soberana, perdon!.... ó por lo menos que el brazo de vuestra justicia descargue sus golpes solo contra mí: yo solo lo merezco; mi noble, mi generoso amo el conde de Leicester es inocente.

Amy se levantó al punto viendo á su lado al hombre que le era tan odioso. Iba á refugiarse allado de Leicester, pero la contuvo la



turbacion y timidez que hizo renacer en sus miradas la repentina aparicion de su confidente, que iba á abrir al parecer otra nueva escena. Se detuvo, y suplicó á su magestad la encerrase en la mas estrecha cárcel del castillo.... Tratadme como á la mas grande y mas abominable criminal, pero separadme del que es capaz de aniquilar la poca razon que me resta.... Separadme del mas abominable de los hombres.

— ¡ Como , hija mia ! dijo la reina pasando á una nueva idea : ¿ que le ha hecho á vm. ese caballero para tratarle asi ? ¿ que tiene vm. que echarle en cara ?

— Mis injurias , mis pesares , y mas todavía.... Ha sembrado la disension en donde debia reinar la paz. Me volveré loca , si me veo forzada á continuar mirandole algun tiempo.

— Creo que tiene vm. ya algo trastornado el juicio , respondió la reina. Señor Hunsdon , cuide vm. de esta pobre niña ; guardadla desde luego en un asilo seguro y honesto , hasta que ordenemos otra cosa.

Dos ó tres damas de la comitiva de Isabel , ó ya por compasion ácia una criatura tan interesante , ó por algun otro motivo , se ofrecieron á vigilarla ; pero la reina les respondió en pocas palabras : — No , señoras , muchí-

simas gracias.... Tienen vms. desde la primera hasta la última ( gracias á Dios ) un oído muy fino y unas lenguas muy sueltas.... Nuestro primo Hunsdon es un poco sordo , y su lengua es rústica á las veces , pero discreta por lo menos.... Hunsdon , cuide vm. de que ninguno hable con ella.

— Por la Virgen santísima , dijo Hunsdon cogiendola entre sus brazos vigorosos , es una amable niña ; y aunque la nodriza que le da su magestad es algo ruda , sin embargo es bastante buena , y estará tan segura conmigo como mis propias hijas.

Al decir esto , se llevó á la condesa sin que ella hiciese resistencia alguna : la barba blanca y larga de Hunsdon se mezclaba con las trenzas negras de Amy , que inclinaba su cabeza sobre sus anchurosos hombros. La reina los miró hasta que se alejaron. Gracias á este imperio de sí misma , calidad tan necesaria en un soberano , habia desterrado ya de sus facciones toda señal de agitacion , y queria al parecer que no se acordasen de su arrebató los que le habian presenciado.

— El señor de Hunsdon , dijo , es una nodriza muy dura para una niña tan tierna.

— Milord de Hunsdon , dijo el decano de San Asaph ( sin que esto perjudique á sus nobles cualidades ) , tiene una verbosidad muy

libre; mezcla con harta frecuencia en su conversacion aquellos juramentos supersticiosos que participan al mismo tiempo del paganismo y del papismo.

— De casta le viene al galgo el tener el rabo largo: eso está, señor Decano, dijo la reina volviendose ácia el reverendo, en la masa de la sangre. Yo tengo el mismo defecto: los Boleyns han sido siempre prontos, vivos; mas les gusta decir con franqueza lo que piensan, que andar buscando las espresiones; y á fé mia.... (tengo para mí que esta afirmacion no es un pecado) no creo que su sangre se haya enfriado mucho mezclandose con la de los Tudors.

Una graciosa sonrisa acompañó á estas palabras últimas de la reina, y buscáron casi insensiblemente sus ojos los de Leicester, á quien temia haber tratado con demasiada severidad sobre una sospecha injusta.

Las miradas de la reina admiráron al conde que se hallaba poco dispuesto á admitir estas mudas señales de reconciliacion. Habian seguido sus ojos, con la espresion del arrepentimiento, á la desdichada que Hunsdon acababa de llevar consigo, y quedó con la cabeza inclinada tristemente ácia el suelo. Isabel creyó ver en el semblante del conde el orgullo de un hombre acusado injustamente,

y no la confusion de un culpable. Volvió picada los ojos, y dijo dirigiendose á Varney:

— Hable vm., sir Ricardo, espliquenos estos enigmas, ya que conserva la serenidad y el uso de la palabra, que no hallamos en otros.

Al decir esto volvió á mirar á Leicester, y el astuto Varney se dió prisa en contar su historia, diciendo:

— La vista perspicaz de vuestra magestad ha descubierto ya la cruel enfermedad de mi pobre muger, que, en medio de mi dolor, no habia querido yo que se especificase en la certificacion del médico, procurando ocultar asi en lo posible la desgracia que se ha descubierto al fin con tanto escándalo.

— ¿ Ha perdido pues el juicio enteramente? dijo la reina; en verdad que no lo dudábamos: las señales son de estar loca; la he encontrado sola en esa gruta; en cada palabra que pronunciaba, y le arrancaba yo como con tenazas, se contradecia. — Pero ¿ como es que se encuentra en Kenilworth? ¿ por que no la han guardado en un parage seguro?

— Señora, el digno sugeto, dijo Varney, á quien la habia confiado, Antonio Foster, acaba de llegar aquí para anunciarme su evasion, que ha podido efectuar con la astu-

cia y cautela propias de las personas atacadas de esa triste enfermedad, y podemos informarnos de él sobre el asunto.

— Dejemoslo para otra ocasion, dijo la reina; pero, sir Ricardó, me parece que nadie podrá envidiar á vm. su felicidad doméstica: echa pestes contra vm., y al verle, ha estado muy próxima á desmayarse.

— Ese es uno de los caracteres de la cruel enfermedad que la aflige, respondió Varney, inspirar horror para aquellas personas mas queridas en los momentos de serenidad.

— Asi lo hemos oido decir, respondió Isabel, y nos inclinamos á creerlo.

— Quisiera suplicar á vuestra magestad, dijo Varney, permitiese que mi desgraciada esposa sea puesta bajo la proteccion de sus amigos.

Leicester se estremeció, pero contuvo su emocion esforzandose, mientras Isabel respondia precipitadamente:

— Eso no corre tanta prisa, señor Varney: queremos que Masters, nuestro médico, nos haga primero una relacion acerca de la enfermedad y del estado mental de esa dama, y ordenaremos despues lo que tengamos por mas conveniente. Puede vm. verla entretanto, si acaso hay algun desacuerdo entre vms. (lo que, segun dicen, suele suceder aun en

tre los mas tiernos esposos); pero restableced la paz conyugal, sin dar escándalo á nuestra corte, ni fatigarnos con ese asunto.

Varney se inclinó profundamente, sin responder cosa alguna.

Isabel volvió á mirar de nuevo á Leicester, y añadió con una complacencia que nacia al parecer del mas vivo interes:

— La discordia, como dice el poeta italiano, sabe penetrar en los pacíficos conventos igualmente que en el seno de una familia, y tememos que nuestros guardias y nuestros servidores no son capaces de impedirle la entrada en nuestra corte. Milord de Leicester, está vm., al parecer, enfadado; estamoslo tambien contra vm., pero queremos hacer el papel del leon, dando el ejemplo de perdonar la primera.

Procuró Leicester serenar su frente, pero estaba el dolor grabado con demasiada profundidad en su pecho, para que la calma volviese tan pronto á restablecerse y manifestarse en su semblante; respondió sin embargo que no podia gozar del placer de perdonar, porque la persona, á la que hubiera de dirigirse el perdon, jamas podia faltarle á él en nada.

Isabel se dió al parecer por satisfecha con

esta respuesta, y le dijo que deseaba ver empezar las fiestas de la madrugada.

Al punto resonaron las cornetas, empezaron á aullar los perros, y á relinchar los caballos; pero los caballeros y las damas de la corte veían ya las fiestas y las diversiones con diferente disposicion de la que les habia inspirado el sonido de la *madrugada*. El temor, la duda y la impaciencia estaban estampadas en sus frentes, y cuchucaban con gran misterio.

Dijo Blount entónces á Raleigh al oído: Esta tempestad ha venido como un viento recio en el Mediterráneo.

— ¡Móvil é inconstante! *Varium et mutabile*, respondió Raleigh en el mismo tono.

— Yo no entiendo esos latines, dijo Blount, pero doy muchas gracias á Dios de no haber permitido que Tresilian se embarcase con este huracan. Infaliblemente hubiera padecido naufragio, porque no sabe virar las velas al viento de la corte.

— Tú le hubieras dado alguna leccioncita, replicó Raleigh.

— ¿Y por que no? respondió el bueno de Blount; he sabido aprovechar el tiempo tan bien como tú, soy caballero tambien como tú, y de anterior data.

— Dios te dé ahora un poquito de talento,

dijo Raleigh; pero, en cuanto á Tresilian, el diablo me lleve si puedo comprender cual es su conducta. Me ha dicho esta mañana que no queria salir de su cuarto en doce horas, segun lo habia prometido formalmente. Cuando llegue á saber la locura de esa dama, sin duda la simpatía aumentará considerablemente la suya. Hoy es luna llena, y las cabezas de los hombres estan sujetas á su influencia como la levadura. Pero ¡chiton! las cornetas resuenan en las montañas, vamos, es preciso apresurarse y echar á correr. En calidad de caballeros noveles, tenemos que ganar hoy las espuelas.

